

Joaquín Álvarez Barrientos

HE DICHO SILENCIO



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
— COLECCIÓN ESTRELLA NEGRA, n° 36 —
MADRID • MMXXV

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO
Derechos exclusivos de esta edición en lengua española:
© Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

De la obra © JOAQUÍN ÁLVAREZ BARRIENTOS

Dirección de la colección: CARLOS AUGUSTO CASAS

Edición: ALICIA ARÉS

Corrección ortostilística: LUCÍA COUTO CANCELA

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Retrato del autor en la solapa © Dom Solano

Ilustración de cubierta © Lustre. *Person balancing on staircase railing under an eclipse*

Con licencia de Depositphotos



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.

Impreso en España por Copias Centro (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Primera edición: MAYO 2025

Depósito legal: M-10755-2025

I.S.B.N: 979-13-87751-08-1



www.cuadernosdelaberinto.com

U N O

Lo cotidiano suele ser lo peor.

Me refiero a esas contingencias que te asaltan cuando menos lo esperas, cuando más a gusto estás, solo o en buena compañía; en cualquier caso, cuando, olvidado de los peligros que nos acechan, de repente aparece una gotera en el techo que te hace llamar al Seguro, después de discutir con el vecino al que siempre prefieres no ver. Tras localizar el número de teléfono, que estaba trasapelado, llamas y debes hablar con una máquina que no entiende lo que le dices por mucho que se lo repitas y deletrees, alzando la voz o vocalizando.

Contingencias como cuando llegas a casa dispuesto a tomarte un merecido whisky y te sorprende un charco de agua en la cocina porque el frigorífico se estropeó, no va a ponerse en marcha y prefiere mearse en el suelo y arruinar lo que habías cocinado. O como cuando después de las vacaciones, vuelves y no puedes abrir la puerta porque unos okupas han cambiado la cerradura.

O, por ejemplo, como cuando te encuentras en el salón de tu casa, cómodo, escuchando alguna música favorita, lejos del mundo o quizá recordando aquello recóndito (culposo o no) que no compartes con nadie y, de repente, suena el telefonillo. La primera vez no le haces caso pensando que será algún repartidor de publicidad indeseada o una equivocación, pero el timbre insiste impertinente y, entre molesto y temeroso, descuelgas el auricular para preguntar. Entonces, una voz femenina dice tu nombre y tú respondes, con sospecha tan creciente como tu reticencia.

—Cartera— se anuncia esa voz a su vez, y añade—: un certificado.

Es entonces cuando te echas a temblar porque «un certificado» solo puede ser una reclamación de Hacienda. Y, en efecto, lo es. La cartera se presenta ante tu puerta con el sobre conocido —con esa ventana negra como tu ánimo—, con un gesto de alivio por no ser para ella la notificación y con esa alegría poco disimulada que se siente ante el mal ajeno. Tras verificar el ritual correspondiente, te encuentras de nuevo en tu salón, esta vez con un zumbido en los oídos, aturdido, con el papel en las temblorosas manos, mientras los muebles giran a tu alrededor y no comprendes que el buen momento se haya desintegrado. Procedes a rasgar el sobre y a leer, sin entender, su contenido.

Sí, lo cotidiano puede ser lo peor, pero, como todos sabemos, hay cosas aún más viles que, unas veces, llegan de golpe y, otras, se fraguan poco a poco, sin sospecharlo.

* * *

La noticia ocupó más lugar en los medios a medida que la Policía filtraba informaciones a los periodistas. Primero fue un breve comunicado: se habían encontrado varios cuerpos muertos en un domicilio. Después, se conocieron algunas de las circunstancias de su macabro fallecimiento, a pesar de haberse decretado el secreto del sumario, mientras se especulaba con otras. Más tarde, como ocurre siempre, poco a poco la atención se dirigió a nuevos acontecimientos y las muertes cayeron en el olvido.

Esta es la historia de cómo unos cuerpos llegaron a ser cadáveres.

* * *

Soy profesor de enseñanza media. Trabajo en un instituto en el que comparto mi tiempo con colegas amargados, colegas incautos, colegas bien pensantes —bien penantes y también muy pesantes—, y alumnos de todo pelaje y condición, aunque básicamente desinformados, desinteresados, perdidos pero engreídos, que, amparados en la sobreprotección que los gobiernos proporcionan a los jóvenes y adolescentes —a los niños y a las niñas, según el lenguaje actual—, y en la indiferencia, laxitud y temor de sus padres (y madres), nos proporcionan a nosotros, los ahora llamados docentes, los peores momentos de nuestra vida y de nuestros días. Cada vez necesitamos mayor número de pastillas para conseguir levantarnos por las mañanas y asistir a nuestros centros de trabajo. Lo siento, pero se me contagia la terminología bastarda.

Yo me preparé para enseñar Historia y no para contemplar la mala educación de los estudiantes, ni para lanzar campañas sobre el acoso escolar ni la violencia de género que, a la postre, no sirven para nada, como constatan los observatorios sobre estas cuestiones, pues esas iniciativas solo han conseguido que mis alumnos no sepan nada sobre la historia del país (ni sobre casi nada), pero que tampoco hayan disminuido las agresiones. Más bien, todo lo contrario. Los gobernantes deberían pensar si, quizá, están haciendo algo mal; si las sucesivas reformas educativas, cambios de libros de texto y de temarios o planes de estudio (ahora, currículos), con exigencias cada vez mayores para nosotros y laxas para los alumnos, no son una carrera de despropósitos que nos llevan a un suicidio como sociedad.

¿Estoy resentido? Posiblemente, sí, seguro, pero sobre todo estoy agotado. Es por lo que se distingue a los profesores, a los docentes, porque están agotados y envejecidos. ¡Y aún no llego a los cincuenta! Los días acumulan desidia, cansancio y frustración. Por-

que, además, yo no entiendo el lenguaje de ahora, esas palabras, ese uso continuo de siglas y circunloquios que en realidad ocultan la realidad, valga la redundancia.

* * *

Bajas la escalera de casa, camino del trabajo, y allí están, en los pedañes, las colillas que tiran los desaprensivos; los envoltorios de chicles y caramelos; los sobres de propaganda en el portal. En el suelo, cerca del ascensor, la convocatoria de la próxima junta de vecinos, que había sido fijada en el lugar que le corresponde y que algún desenvuelto gracioso ha arrancado y lanzado al suelo como muestra del desprecio que siente por la comunidad de propietarios, porque él no lo es y además paga irregularmente el alquiler. Abres la puerta de la calle y casi tropiezas con uno de esos nuevos elementos del mobiliario urbano, uno de esos patinetes enormes que a menudo están tirados en mitad de la acera, porque ya sabemos que las aceras sirven para eso y para acumular basura, no para caminar. No se sabe si son más peligrosos en movimiento o en estado vegetativo. La ciudad no es muy amable con los que simplemente queremos vivir tranquilos. Desde el primer momento, desde antes de amanecer, el ruido lo invade todo y sabes —despierto en tu cama— que se inicia un nuevo día porque se reactiva el rugido de las máquinas, el de motores y sirenas, el de las duchas de los que viven encima de ti.

Cuando consigues llegar a la parada de Metro, tras atravesar algunos grupos de esos que no tienen noción del espacio ni de que son un obstáculo, como estudiantes que se paran en mitad de la acera, o gente que espera ante unas rebajas; cuando consigues llegar al andén y entrar en el vagón más o menos abarrotado, el silencio que pudo haber de buena mañana y a veces es posible reconocer en el

rostro dormido de algún viajero o en un cuerpo apoyado contra una esquina, desaparece para que, en generoso acto de comunicación (ya sabemos que vivir es compartir), puedas escuchar las conversaciones ajenas, las músicas y vídeos de aquellos que usan sus móviles sin cascos. Anuncios de comida para pájaros, de gimnasios, de ropa, de viajes, imágenes de jóvenes bailando o maquillándose o probándose ropa interior.

—Por favor, ¿puede usar los auriculares? Porque si hacemos todos lo mismo, esto se convierte en una selva.

En realidad, ya lo es, y cada vez se aplica más la ley del más fuerte.

—¡Qué pasa! ¿Te molesta? —dirá con entonación agresiva el interpelado, pero desde luego, ni se pondrá los auriculares ni bajará el volumen de su terminal o dispositivo, para utilizar el lenguaje de moda.

El estrés aumenta con los que entran en el vagón sin quitarse la mochila de la espalda y te empujan con ella, y con esos individuos que se colocan en la puerta como si fueran el lado más largo de un triángulo isósceles y estorban la entrada y salida de los pasajeros.

La mujer es joven, lleva un amplio abrigo de color oscuro que le llega casi hasta las gruesas botas negras con plataforma, y una enorme bufanda de lana de color naranja alrededor del cuello. La imagino colgada por ella de un árbol. En bandolera, un bolso que es grande como la bolsa que tiene entre las piernas. Al salir, alguien la empuja porque taponó la puerta. Ella no cae, pero el contenido de la bolsa se derrama, como los insultos que lanza al hombre mayor que, al parecer, la provocó. Se enzarzan en la consabida danza de improprios, de los que sale mal parado el viejo, porque otras mujeres, y algún hombre solidario, se unen al coro para degradar al decadente representante de lo que ahora se llama heteropatriarcado.

Yo me callo, aunque lo que me pide el cuerpo es un poco de acción, tras decir que nadie ha sido capaz de levantarse para ceder el asiento a aquel pobre hombre. Un poco de acción y me deleito durante unos minutos —solo dos paradas—en ello. Luego pienso en la relación entre delito y deleite.

* * *

Va pasando el día. Los alumnos entran y salen de las aulas, se quejan o no; los colegas se quejan o no, quieren más reuniones o no; los padres entran y salen de los despachos, se quejan o no, pero no quieren más reuniones. Los mayores, durante el recreo, brotan en la calle, fuman sus canutos, comen sus bocadillos y sus dulces ricos en grasas saturadas, beben sus cervezas y refrescos, se meten mano en los huecos de los portales o apoyados en los capós de los automóviles. Durante media hora decoran sonoramente las fachadas y sirven para que algunas amas de casa sepan que ya ha transcurrido la mitad de la mañana y han de salir a hacer la compra; para que alguno de los que trabaja en su casa piense en hacer una pausa.

Es también el momento en que Juana abandona su piso, el 2º izquierda, para sigilosamente subir las escaleras hasta el 4º interior y entrar sin hacer ruido en la vivienda de Pedro, que, tras observar por la mirilla, le ha abierto la puerta sin que haya tenido que llamar al timbre. Como otras veces, los primeros besos y caricias suceden en el recibidor, a veces de cara a la pared, arropados por los abrigos que cuelgan del perchero. Después, el sofá o la cama son los testigos de su retozar, de las medias abandonadas sobre la alfombra, de la zapatilla suelta. Los treinta y tantos años de Pedro huelen los casi cincuenta de Juana y siente que su deseo aumenta y que no puede contenerse ante ese cuerpo que conoció en el gimnasio, cuyas vigo-

rosas formas haciendo sentadillas lo atormentaron hasta que pudo vaciarse en ella aquella primera vez que coincidieron al volver del local. Juana lo había soñado casi desde el mismo momento en que lo vio manejar con autoridad las cuerdas de batalla y deseó que aquellas manos grandes y rugosas la dominaran, a pesar de sus ojos saltones. Porque Pedro tiene los ojos saltones.

* * *

Ese día, como cualquier otro, fue duro. Por soportar, por disimular, por ver las cosas con una perspectiva diferente de la de los demás. Tengo que reconocer que a eso, además, se añadió el que, involuntariamente, oyera cómo hablaban de mí unas colegas, que se reían de mi poco pelo, de la nariz algo abultada —para ellas un injerto de patata y pera—, de los párpados enrojecidos. Para decirlo todo, tampoco soy muy alto, estoy en esa media que no llega al casi uno sesenta y cinco que hace que tenga que mirar a la mayoría de los estudiantes desde un poco más abajo que ellos a mí. No me gustó nada el modo en que se burlaban en el baño, sobre todo porque varias de las que lo hacían no son precisamente unas Venus, y sus celulitis se suman a las tetas caídas y a los brazos, fofos como las papadas grasas. Para también decirlo todo.

El día había sido duro. Volvía a casa mientras caía la tarde, esquivando a los que caminan como si fueran solos por la calle, evitando los orines de los vagos que se apoyan en las paredes junto a sus perros mugrientos y colocan la lata en medio de la acera. Justo ahí, sí, para que tengas la tentación de lanzar la patada como si se tratara del penalti decisivo, y mandar la lata con su dueño a hacer puñetas. Caminaba para desentumecer la sesera y alejar de mí, sin conseguirlo, el recuerdo de las voces y el olor nauseabundo

del instituto, que se pega ominosamente a la ropa, al cabello y, eso es lo peor, a los vericuetos del cerebro con la intención secreta de que todos acabemos pensando del mismo modo, cuando al desembocar en la calle de la Princesa, que solía utilizar al regresar andando, comencé a oír unos golpes molestos.

Me detuve con la intención de localizarlos en medio del ruido habitual de la ciudad; miraba arriba, delante, detrás, a los lados, sin éxito, hasta que vi a un individuo aporreando con el auricular el teléfono de una de las pocas cabinas que aún quedan, una y otra vez. Estaba en la otra acera, la gente se apartaba de él o no lo miraba, como si de ese modo no existiera. Es algo que hacemos a menudo, pensando que así se acabará la molestia o el peligro, o el problema, pero no es así: continúa ahí, lo veamos o no, como una grieta que se agranda en la pared.

Dejó su tarea cuando comprendió que, a pesar de sus golpes, no expulsaría ni una moneda y se dirigió entonces hacia una papelería de plástico para liarse a patadas con ella. Los zapatazos resonaban en la calle más que los golpes anteriores, mientras la cesta, anclada al acerado, resistía los embates de aquel hombre que debía de estar acercándose a los cuarenta años. Los puntapiés solo la abollaban ligeramente. Al no poder destrozar el maltrecho cubo —gris como la tarde—, lo dejó para dirigirse a otro que estaba más allá y rebosaba de basura. Cuando recommenzó su baile de patadas, varios envases salieron disparados con restos de batidos y otras sustancias untuosas. Una señora hubo de esquivar el vaso con pajita que por los aires viajaba hacia su abrigo soltando un chorrito de líquido rosa. Ese resultado le satisfizo y lanzó varios gritos que le animaron a seguir pateando el mobiliario urbano, ajeno a todos y, seguramente, a todo, a las sirenas que recorrían la calle ambientando con sus luces las monótonas fachadas.

¿Cómo explicar el efecto de aquellos golpes sobre mí? Los sentía físicamente en mi interior, vibrando como representantes del estado de la civilización, del mismo modo que me cabreaba ver cómo aquel tipejo pateaba mis impuestos y se reía de mí por pagarlos. Como los que se cuelan descarados en el Metro. El impulso fue cruzar la calle y darle de su medicina. Aporrearle la cabeza, pero seguramente él se habría zafado o algún transeúnte caritativo lo habría defendido, y luego me habría llegado la consiguiente denuncia. No, todo menos la Policía. De modo que, sí, crucé a la otra acera y lo seguí. Se habían encendido las farolas y su luz amarillenta colgaba del lejano cielo negro. Un cielo negro que parecía un paisaje y una luz que semejaba iluminar los decorados de un escenario.

Caminaba con ligera cojera, no sé si como consecuencia del tratamiento que acababa de dar a los objetos, o por ser una querencia antigua. La mochila mugrienta con el anagrama JMJ de la ya lejana «Jornada Mundial de la Juventud» colgaba de su hombro derecho y de ella sobresalía un par de viejas zapatillas de deporte. Llevaba una visera que en otro tiempo fue blanca y una especie de tres cuartos que daba la impresión de estar pegado a su cuerpo. Cambió la calle principal por otra más estrecha que llevaba a uno de los parques de la ciudad, que yo a veces visitaba, cerca del templo de Debod. Una sonrisa, involuntaria, se dibujó en mis labios. Quizá el día no acabara tan mal. A medida que se dirigía hacia el parque, la noche se hacía más oscura. Los altos faroles proporcionaban una tenue luz que se comían las paredes. Se detuvo en la puerta de un bar y llamó a alguien, que se le unió echándole el brazo por el hombro. Los dos se dirigieron hacia el jardín, cruzaron la calle y se introdujeron en él. Yo me detuve en la esquina viendo cómo se alejaban. No podría con los dos, pero sabía dónde localizarlo.

* * *

Recientemente, la señora que vivía pared con pared de mi casa, con la que me llevaba tan bien, se había ido y yo disfrutaba de un silencio extraordinario, porque, además, a la anciana con alzhéimer que ocupaba el piso superior se la habían llevado. Nadie, ni al lado ni arriba, me molestaba. Todo lo más, algún sábado, a media mañana, oía cómo se corría el vecino de abajo. Un poco escandaloso, sí; bastante ostentoso, también, sobre todo si se piensa que es gay y que de ese modo nos trasladaba a todos la satisfacción de su condición. Yo sabía que ese silencio que me rodeaba se rompería antes o después, ya que ambos pisos se alquilaban, por eso gozaba cuanto podía de esa circunstancia, de por sí transitoria. Uno de esos momentos de placer era cuando me acercaba a casa, giraba para bajar por mi calle y comenzaba a subir las escaleras, para confirmar que nada había cambiado, que seguía reinando en mi reino vacío. Si mi situación económica lo hubiera permitido, habría cogido yo los dos pisos y, de no haberse cruzado circunstancias imposibles, habría insonorizado mi casa.

* * *

Pasaron algunos días y no volví a ver al pateador de papeleras —la cabina había sido desmontada—, pero un viernes, acabada ya la semana laboral, habiendo tenido tiempo suficiente para planearlo, mientras recorría mi habitual trayecto de regreso a pie, procedí a darme el regalo merecido, así que me desvié hacia el parque. Aún no había caído la noche pero ya hacía frío. Algunas parejas jóvenes se entretenían todavía en los bancos, algún mirón seguía apostado tras la vegetación, las manos ocultas; yo caminaba con apariencia despreocupada, pero ojo avizor. Al borde de uno de los caminos, donde una cerca da fin al jardín, entre restos de basura y hojas caídas —estaba claro que allí no se acercaban las brigadas de limpieza—, vis-

lumbré una especie de pequeña caseta construida con grandes cartones de embalaje, plásticos como una tienda de campaña y varios paraguas abiertos por encima para protegerse de la lluvia. Por el tamaño, debían de vivir al menos dos individuos en aquel chalet funcional, rodeado de muchos metros cuadrados de parcela. Esos privilegiados no pagaban impuestos sobre su vivienda, ni luz, ni gas, ni agua, que recogían de una fuente cercana, y disfrutaban además de una finca enorme por la que tampoco tributaban, ni tenían que cuidar ni cortar el césped, ni podar árboles ni setos, ni recoger las hojas secas. Ni gastar por hacerlo.

Se oía hablar y reír a los inquilinos.

Algunos bancos se quedaron vacíos, la noche se desplomó sobre nosotros como la temperatura, mientras el cielo se cubría de nubes. Me acerqué a los cartones y reconocí a la entrada las zapatillas que habían sobresalido de la mochila. Caminé algo más, en círculos concéntricos, en espiral, más bien, para comprobar que el parque se vaciaba de visitantes (sobre todo en los alrededores de la choza), salí y tomé algo en un bar alejado. Toda precaución era poca.

Cuando, terminada mi frugal cena, abandoné el local, comenzaba a caer una fina lluvia que, en dirección al parque, se hizo más densa, convertida en gruesas gotas al entrar en él. Mientras caminaba me cruzaba con los que, apresurados, desertaban. Me acerqué a la cabaña de los cartones protegidos por plásticos y paraguas; oí sus palabras, sus risas y murmullos; alguna luz salía por las rendijas de su casa. El aguacero golpeaba en los paraguas y resbalaba creando charcos en varios lugares alrededor de la deficiente edificación. Mi impermeable largo y forrado, con capucha, me mantenía seco y caliente. Permanecí quieto como una estatua esperando bajo un árbol, mimetizado, sintiendo que la humedad me calaba los zapatos, hasta que, por fortuna, cesó el chaparrón. Mientras dejaba de llover, pro-

tegado por las ramas, saqué de mi bolsa la botella con gasolina; encendí el trapo que tapaba su boca y me acerqué. Habían desaparecido las zapatillas. Descorrí lo que parecía la puerta de la tienda y arrojé la bomba que, al chocar, romperse y salpicar, incendió cuanto se encontraba dentro, incluidas las ropas de los dos individuos. Inmediatamente lancé una segunda para aumentar el efecto devastador y me alejé con el satisfactorio coro de sus lamentos a mi espalda.

* * *

En el asfalto mojado los faros parecían luces reflejadas en un río. Me agradaba el ligero olor a gasolina que tenía en los dedos y, ya en la cama, me adormecí con el cada vez más lejano eco de sus voces en mi recuerdo y la maravillosa recompensa de no tener que madrugar al día siguiente. El incendio mereció cierta atención, con las habituales declaraciones de los políticos municipales —que son, claro, iguales a los otros— acerca del vandalismo ciudadano, sobre los grupos antisistema y las acusaciones de unos partidos a otros por el aumento de la inseguridad y la pobreza que cada vez alcanzaba a más sectores de la sociedad, sin que se hiciera nada útil para atajar cuanto denunciaban nuestros preocupados ediles. Cuando días después volví al parque, no quedaba rastro del chalet y la zona estaba limpia. Se podría decir que desinfectada. La sociedad me debía esa buena acción. Todo había sido consumido y ellos estaban en el hospital con quemaduras de segundo y tercer grado. Es cierto que tampoco pagaban Seguridad Social, pero nada es perfecto.

Me senté en un banco a disfrutar de mi obra y entonces vi allí cerca un cartel que reivindicaba el derecho de todos a gozar de una